

dos clamoreaban los ecos de los esquilones y campanillas de la santa Caridad.

Estando con este susto, que le doy de barato al que lo quisiere, entraron acaso en el dicho Tarazanal don Francisco de Peralta, secretario de cámara de su alteza, y José Gomez, su barbero; y habiéndose informado de todo, mostrando algun sentimiento, llegaron á darme el pésame de mi desgracia. Pero viéndome que como si me hubieran de sacar á bodas hablaba bernardinas y echaba chiculios, y que habia convertido la piedra, sin ser Domingo, de tentacion en dos libras de pan, que me habia enviado el carcelero, y que haciendo monipodios, por haber venido acompañadas con un jarro de vino, me estaba saboreando con ellas, volvieron el sentimiento en alegría, y me dijeron, que cómo no sentia el haber de morir. Respondiles que harto lo habia sentido mientras no me habian dado de beber; pero que tenia para conmigo el vino tal virtud, que al instante que lo bebía me quitaba y desarraigaba toda la melancolía. Y que advirtiéndome que aquel día salía de poder de soplones, alguaciles y escribanos, daba por bien empleada la muerte; pero que si sus mercedes pudieran alcanzar con mi General que, debajo de mi palabra me diera licencia por tres meses para ir á Roma á confesar ciertos pecados reservados á su Santidad para descargo de mi conciencia y salvacion de mi alma, me harian muy grandísimo favor, y que yo les haria pleito homenaje, como infanzon gallego, de volver en cumpliéndose el término á ofrecermelo al funesto suplicio y á entregar al trinchete de gargueros la mejor cabeza que jamás ciñó garzota. Cayóles tan en gracia mi demanda, que habiendo conocido mi buen humor y el buen tiempo que gastaba, me prometieron ayudar, y le fueron á informar de todo á su alteza serenísima al mismo instante, por el peligro que corría en la tardanza; el cual, como príncipe tan piadosísimo y por constarle que tenia iglesia, mandó que se suspendiese la ejecucion y que se revocase la sentencia de muerte y que me echasen por diez años en galeras.

Estaba tan de mi parte el marqués de Este como si yo le hubiera hecho alguna sangría estando resfriado, que replicó á la gracia que se me habia concedido, y dijo que era muy tierno y delicado para traspalar sardinas, y que así era mucho mejor, para que fuese un ejemplar á toda la armada, quitarme de este mal mundo, y que cuando se hubiera hecho tres ó cuatro años antes, no se hubiera perdido nada. Mas de tal manera abogaron por mí mis dos defensores y abogados y de tal suerte encarecieron á su alteza mi despejo y taravilla de donaire, que le dió deseo de verme, y mandó sacarme de la prision libre y sin costas, y que yo le fuese á besar los pies por la merced que me habia hecho. Lleváronme la buena nueva y mandamiento de soltura, y dejando burlado al pueblo, cansados los campanilleros, y sin provecho el verdugo, me fui cantoneando á palacio, recibiendo parabienes y haciendo pagamento de ellos con una lluvia de gorradas. Echéme á los pies de su alteza serenísima, díle las gracias por la recibida,

y despues de haberme oído algunas agudezas y contándole algunos chistes graciosos, quiso premiar mis servicios haciéndome grande de España, pues mandó que me cubriese, prometiéndome que con el tiempo me haría de la llave dorada de las despabiladeras. En efecto me trató como á bufon, y me mandó dar de beber como á borracho. Pero aunque estuve á pique de cubrirme y de tomar posesion de tal oficio, lo dejé de hacer por ciertos sopapos y pescozadas que me dieron sus pajes con manos pródigas y por la grande aficion que tenia al hábito de soldado; por lo cual me salí de palacio, y me fui á dar dos sangrías para atajar el daño que me pudiera venir del susto que habia pasado.

CAPITULO VI.

En que da cuenta del presidio que tuvo en Rosas, el viaje que hizo á Milan, y cómo pasó á la Alsacia, y se halló en la batalla de Norlinguen.

Despues de haber desistido el temor y olvidado el peligro en que me vi y recuperado en una taberna la sangre que me habia hecho sacar, yéndome un día paseando hácia la vuelta del muelle, supe cómo el duque de Cardona levantaba un tercio, para enviarlo á Lombardia, y que era maestro de campo don Felipe de Cardona, su hijo; y por coger ciertos reales que daban, con que se engañaban muchos bobos, senté plaza de soldado; pero apenas mi capitán me vió tan mozo y nada pesado, cuando me metió en galera con los demás de sus soldados, temiendo que me perdería y que necesitase que me pregonasen. Zarpamos de allí á estar de presidio en Rosas, hasta tanto que el tercio se acabase de hacer, adonde teniamos cada tarde un pequeño socorro; mas porque era menos que moderado y nada bastante para aplacar mis buenos apetitos al cortar la cólera, procuré de valerme de uno de tantos oficios como sabia y habia ejercitado; y despues de haber estado entre mí toda una siesta procurando, sin estar en conclave, hacer una buena eleccion, elegí el de cocinero, por cogermelo con suavidad los socorros á los soldados y por socorrer con ellos mis necesidades; para cuyo efecto armé un rancho, que ni bien era bodegon, ni bien casa de posadas; pero un bodegocillo tan humilde, que pudiera la guerra dejarlo por escondido ó perdonarlo por pobre. Estaba hecho á dos aguas, y no tenia defensa para ninguna. Era todo él ventanaje, y necesitaba de ventanas; con tener mil entradas y salidas, usos y costumbres, y veredas y servidumbres, y libre de censo y tributo, no tenia puerta ni cerradura ninguna. Eran sus mesas retazos viejos de tajones de cortar carne, sus asientos de grandes y torneadas losas, que habian servido de tapaderos de caños, sus ollas y cazuelas de cocido y no vidriado barro, y su vajilla de pasta del primer hombre. Pusiéronle por nombre la plaza de armas, por su poco abrigo y menos limpieza, pues no habia en toda ella mas rodilla para limpiar los platos que mi falda de camisa. Hacía cada día un potaje, que aun yo mismo ignoraba cómo lo podia llamar, pues ni era jigote francés, ni almodrote castellano; mas pre-

sumo que si no era legítimo, era pariente muy cercano del cocinado de Valladolid, porque tenia la olla en que se guisaba tantas zaraandajas de todas yerbas y tanta variedad de carnes, sin preservar animal, por inmundo y asqueroso que fuese, que solo le faltó jabon y lana para ser olla de romance, aunque lo fué de latin, pues ninguno llegó á entenderla, ni yo á explicarla con haber sido estudiante. Con esto engrasaba á los soldados, y despachando escudillas de contante y platos de fiado, ellos cargaban con todo el bodrio, y yo con todos los socorros.

Despues de haber durado algunos dias esta industria ó disimulado robo, prueba de mi buen ingenio y remedio de mi necesidad, nos embarcamos en un bajel, y fuimos á dar fondo junto á la bahía de Génova, adonde aun no hube puesto los pies en tierra cuando traté de escurrirme, sin ser anguila; mas por andar mis oficiales alerta, por saber la retirada que habia hecho á Barcelona, no pude salir con mi intento. En efecto, marchamos la vuelta de Lombardia, teniendo siempre tapa al son del tapalapatan, y descubriendo tapaderos de cubas, á la sombra de la sábana pintada, llegamos á Alejandria de la Palla, adonde por ir derrotados, y no de batallas ni encuentros, nos dieron vestidos de munición, que en lengua latina se llaman vestidos mortuorios, y en castellano mortajas. Yo, temiendo vestirme de finado y de hacer mis exequias en vida y por no parecer bisono, siendo soldado viejo, y habiendo hecho servicios particulares (que si es necesario me darán certificaciones y fes, por ser mercancia que jamás se ha negado á ninguno), me fingí enfermo, y me fui á un hospital, valiéndome del ardid del diente de ajo, gustando mas de estar en carnes vivas que en vestidos difuntos. Repartieron todas las gentes en castillos y guarniciones, y al punto que supe me habian dejado solo, que era lo que yo deseaba, saqué la cabeza como el galápagos de mi santo retiro, y saliendo como caracol en verano, con toda la casa á cuestras, cuyo peso era bien ligero, me fui á la ciudad de Milan. Y viéndome que por causa de ser soldado estaba con mas soldaduras que una caldera vieja, arrimé á una parte como á gigante la milicia, y siguiendo la milicia de la corte, reconocí su ventaja y senté el pié, volviendo de muerte á vida y de pobre á rico.

Salí el día que llegué á ver despacio aquella famosa ciudad, y me pareció una de las buenas de todas cuantas habia andado, y que á gozar de mar, como muchas de ellas, no sufriendo igualdad, les llevara conocidas ventajas. Vi que sus templos competian con los de Roma, que sus palacios aventajaban á los de Sevilla, que sus calles excedían á las de Lisboa, sus sedas á las de Génova, sus brocados y cristales á los de Venecia, y sus bordaduras y curiosidades á las de Paris. Visité el palacio y corte, habitacion de su alteza serenísima el señor infante Cardenal, que habia acabado de llegar de Barcelona á gobernar tan hermosísima ciudad y á defender tan inexpugnable estado. Hablé con todos los conocidos, y dime á conocer á los que no lo eran; y

enfadado de los oficios pasados, por haber medrado tan poco en ellos, sabiendo cuán agradable es el *troppo variar*, me hice padre de damas, defensor de criadas y amparador de pobretas; vendíme por natural de Alcaudete; picaba á todas horas como alguacil, y cantaba á todos ratos como alcaudon; tenia aposentos de congregacion de ninfas de canton, salas de busconas, palacios de cortesanas, y alcázares de tusionas. Vendía sus mercancías á todos precios, vivía siempre con el adelanto, por tener esculpido en la memoria aquellos versos conceptuosos que dicen que quien no paga tentado, mal pagará arrepentido. Señalaba horas sin ser mano de reloj, hacia amistades sin ser valiente, y llevaba á cada instante á vistas sin ser casamentero. Era, cuando me hallaba á solas con ellas, el Piramo de su aldea; en habiendo visitas, era su criado; en habiendo pendencias, su mozo de golpe; y en hacerles los mandados, su mandil. Incitábalas á ser devotas de san Roque, y aconsejábala que siempre que lo visitasen, se acercasen al ángel y huyesen del perro. Campaba como mercader, vivía como gran turco, y comía á dos carrillos como mona. Llegábame siempre á los buenos, por ser uno de ellos; acercábame á los ricos, y huía de los pobres, tratando muy ordinariamente con gente de naciones, sin necesitar de aprender lenguas. Confirmé este oficio por uno de los mejores que han inventado los hombres, si no hubiera descendimientos de manos, rasguños de navajas y sopetones de machetes. Pero viendo que por ciertos estelionatos del signo Virgo me querian dar colacion de la referida, me amparé del palacio de don Marco Antonio de Capua, hermano del príncipe de Roca Romana, caballero napolitano; y por haberse ido el cocinero, entré en el reinado de la cocina, y empuñé el cetro de la cuchara. Y despues de haber estado algunos dias en quietud y regalo, complaciendo á mi amo y haciendo alarde de mis estofados y reseña de mis aconchadillos, marchó su excelencia el duque de Feria con un lucido, aunque pequeño ejército, para dar socorro á la Alsacia, yendo mi amo por capitán de una compañía, y yo por su soldado y cocinero. Pasamos los dos tan dilatado camino con muchísimo descanso y regalo, abundando siempre de truchas salmonadas y diferencias de muy suaves y odoríferos vinos; porque como llevaba pella de doblones, hallá-bamos aun mucho mas de aquello que queriamos. Pasamos el Tirol, y juntáronse nuestras fuerzas españolas con las imperiales, que estaban á cargo del mariscal Aldringer; y hecho de todas un cuerpo, socorrimos á Costanza y Brisaque; y volviendo á separarse, nos fuimos á invemar á la Borgoña, adonde me fué fuerza reformarme del oficio y cargo que me habian dado de la cocina, por hallarla en todas las vistas que hacia hecha un juego de esgrimidor, sus ollas vagamundas, sus cazuelas holgazanas, y sus calderos y asadores rompedillos; siendo causa de este daño la destruccion de la tierra y la falta del dinero.

Viéndome pues cocinero reformado, busqué otro modo y otra novedad de trato; y haciéndome mercante

de hierros y clavos de herrar caballos, y marchando á la vuelta de la Baviera, en pocas jornadas quedé desenclavado, y conocí el yerro que habia hecho en emplear mi caudal en cosa que no podia acertar; de modo que lo que fiaba, no me pagaban; lo que me estafaban, aun no lo agradecian; y lo que hurtaban, jamás me lo restituian; con que al cabo de la jornada hallé el carro de mi capitán, adonde yo llevaba la indigestible mercancía, muy vacío, y mi bolsa muy anublada. Fué en esta ocasion mi amo á Italia, á cosas que le importaban, dejándome á mí desherrado y desollado, pues quedaba sin el amparo de sus ollas y perdido el trato de los hierros. Hallóse al presente sin cocinero don Pedro de Ulloa, capitán de caballos; y por haberle informado que yo era el mejor de todo el ejército, me recibió para que le sirviese en el dicho oficio, porque en la tierra de los ciegos el que es tuerto es rey. Contóme mi amo, el pretendiente á quien serví de paje en Madrid, que hallándose en una aldea cercana á él una víspera de Corpus, llegó una tropa de infantería representanta, que ni era compañía ni farándula, ni mojiganga ni bolula, sino un pequeño y despeado ñaqué, tan falto de galas como de comedias, el cual, á título de compañía de á legua, pretendió hacer la fiesta del día venidero, ofreciendo satisfacción de muestra; y que habiéndose juntado todo el concejo, gustaron de oírlos, para ver si eran tales como ellos presumian. Llamáronlos en casa del alcalde, y delante de mi amo y de los jurados representaron el auto de *La locura por el alma*, adonde el que hacia á Luzbel, por dar mas voces que los demás, pareció mejor que todos, siendo todos hartos malos. Acabóse la muestra; salió mi amo á la plaza con todo el ayuntamiento, adonde hallaron al cura, que por haber estado diciendo vísperas, no se habia hallado en la representacion; él preguntó al alcalde que qué tales eran los representantes. Satisfizole con decirle que no habian parecido mal, pero que uno, que representaba el diablo, era el mejor de todos. A lo cual le respondió el cura: Si el diablo es el mejor, ¿qué tales serán los demás? Por lo cual aplico y digo que si yo pasaba plaza del mejor cocinero del ejército, no sabiendo lo que me hacia, ¿qué tales serian los demás? En efecto, á falta de buenos me hizo mi amo alcalde de su cocina y soldado de su compañía.

Prosiguiendo la dicha marcha, llegamos á alojar á las sierras de Baviera, adonde nos dieron por patron uno de los más ricos de ellas, aunque por tener retirado todo su ganado y lo mejor de sus muebles, se nos vendió por pobre; mas no le valió nada su fingimiento, porque sus mismos criados me dieron aviso de ello, porque demás de ser enemigos no excusados, son los pregoneros de los defectos de sus amos. Hablaba nuestro patron tan cerrado alemán, y ignoraba tanto el lenguaje español, que ni él nos entendia lo que nosotros deciamos, ni nosotros entendiamos lo que él hablaba. Pediamosle por señas lo que habiamos menester, y él, aunque las entendia, como no eran en su provecho, se daba por desentendido y encogíase de hombros.

Dijome el criado que me habia advertido de lo demás, y entendia un poco la lengua italiana, que su amo era un buen latino, que si habia alguno entre nosotros que hubiera sido estudiante, le daria á entender lo que le pediamos. Alegráronse las pajarillas, por ver que yo solo quedaba señor absoluto de la campaña, y que podia hacer de las mias, sin que nadie me entendiera. Acerquéme al patron, y díjele muy á lo grave que yo era furriel, mayordomo y cocinero de mi amo, y que así le advertia que tenia un capitán de caballos del rey de España en su casa, y persona de mucha calidad; que tratase de regalarle muy bien á él y á sus criados, y que porque venia cansado y era hora de comer, que hiciese traer todo lo que era necesario. Respondióme que le dijera la provision que me habia de hacer en la cocina, y que haria á sus criados que lo trajesen al punto. Díjele que era menester para la primer mesa de los gentileshombres de la boca, y para la segunda de los pajes y meninos, y para la tercera de los lacayos, estaferos y mozos de cocina una vaca, dos terneras y cuatro carneros, doce gallinas, seis capones, veinte y cuatro palominos, seis libras de tocino de lardear, cuatro de azúcar, dos de toda especia, cien huevos, cincuenta libras de pescado para escabeche, medio pote de vino para cada plato y seis botas de respeto. El, haciéndose mas cruces que hay en el monte santo de Granada, me dijo: Si para las mesas de los criados es menester lo que vuesa merced pide, no habrá tanta hacienda en este villaje para la del señor. Respondió: Mi amo es tan gran caballero, que mas quiere tener contentos á sus criados que no á su persona; y así él y sus camaradas no hacen de gasto al día á ningun patron sino un relleno imperial aovado. Preguntóme que de qué se hacia el tal relleno. Respondióme que me mandase traer un huevo y un pichon recién nacido y dos carros de carbon, y mandase llamar á un zapatero de viejo, con alesna y cabos, y un sepulturero con su azada, y que sabria todo lo que se habia de buscar para empezar á trabajar en hacerlo. El patron, medio atónito y atemorizado, salió en busca de lo necesario al relleno. Y al cabo de poco espacio me trajo todo lo que habia pedido, excepto los dos carros de carbon. Toméle el huevo y el pequeño pichon, y abriéndolo con un cuchillo de mi sazónada herramienta, y metiéndole el huevo, despues de haberle sacado las tripas, le dije de esta forma: Repare vuesa merced en este relleno, porque es lo mismo que el juego del gato al rato: este huevo está dentro de este pichon, el pichon ha de estar dentro de una perdiz, la perdiz dentro de una polla, la polla dentro de un capon, el capon dentro de un faisán, el faisán dentro de un pavo, el pavo dentro de un cabrito, el cabrito dentro de un carnero, el carnero dentro de una ternera, y la ternera dentro de una vaca. Todo esto ha de ir lavado, pelado, desollado y lardeado, fuera de la vaca, que ha de quedar con su pellejo. Y cuando se vayan metiendo unos en otros, como cajas de Inglaterra, porque ninguno se salga de su asiento, los ha de ir el zapatero cosiendo á dos cabos, y en estando zurcidos

en el pellejo y panza de la vaca, ha de hacer el sepulturero una profunda fosa, y echar en el suelo de ella un carro de carbon, y luego la dicha vaca, y ponerle encima el otro carro, y darle fuego cuatro horas, poco mas ó menos; y despues sacándola, queda todo hecho una sustancia y un manjar tan sabroso y regalado, que antiguamente comian los emperadores el día de su coronacion. Por cuya causa y por ser el huevo la piedra fundamental de aquel guisado, le daban por nombre relleno imperial aovado. El patron, que me estaba oyendo la boca abierta y hecho una estatua de piedra, lo tuvo tan creído y se persuadió tanto á ello, viendo mi entereza y la priesa que le daba á la brevedad de traer todos los requisitos que le habia ordenado, que tomándose la mano, harto sin pulsos la suya, me la apretó, y me dijo: *Domine, pauper sum*; á lo cual, entendiendo la seña, le respondí: *Nihil timeas*. Y llevándolo á la cocina, nos concertamos de tal modo, que restaurando la pérdida de los hierros, me sobró con que poder comprar dos pares de botas, haciéndole á mi amo creer que era el patron muy pobre, y que le habian robado todo el ganado gente de nuestras tropas, por lo cual lo habian dejado destruido; por cuya causa, teniendo compasion, me mandó, por saber que yo solo lo entendia, que acomodase con él lo mejor que pudiera, de suerte que no le hiciese mucha costa en el gasto de la comida. Pero viendo los criados que me abundaba el vino en la cocina y que me sobraban los regalos que el patron me enviaba, dieron cuenta á mi amo, recelosos de la cautela; el cual hizo diligencia de saber si era verdadero lo que yo le habia asegurado; y hallando ser todo al contrario y que estaba alojado en la casa mas rica de aquel villaje, llamó al patron, y con un intérprete borgoñon, que entendia las dos lenguas, supo de él la contribucion que me habia dado y que le habia dicho que era su furriel, mayordomo y cocinero, y lo demás que he referido. Bajó mi amo á la cocina, y tomando un palo de los mas delgados que habia en ella, me limpió tan bien el polvo, que mas de cuatro días comió asado y fiambre por falta de cocinero. Yo le dije, viéndome mas que aporreado, que si queria servirse de hombre de mi oficio que fuese fiel, que lo enviase á hacer á Alcorcon, y que se persuadiese á que no habia cocinero que no fuese ladrón, saludador que no fuese borracho, ni músico que no fuese gallina. Salimos de allí, y fuimos hacer plaza de armas general en la campaña, llevando yo, por la obligacion de ser soldado, una carabina con braguero, por habersele rompido caja y cañon, y un frasco lleno de pimienta y sal, para despolvorear los habares; y por armas tocantes á la cocina, un cuchillo grande, cuchillo mediano y cuchillo pequeño; que á tomar trasformacion y convertirse en perros, se pudiera decir por mí que lleva *perri chiqui, perri grandi, perri de tuti maneri*.

Pasamos de la plaza de armas á juntarnos con el ejército que traia su alteza serenísima el infante Cardenal para pasar á los estados de Flándes; y habiéndonos agregado á él siguiendo la dicha derrota, ganamos al-

gunas villas, cuyos nombres no han llegado á mi noticia, porque yo no las vi ni quise arriesgar mi salud ni poner en contingencia mi vida, pues la tenia yo tan buena, que mientras los soldados abrian trincheras, abria yo las ganas de comer; y en el inter que hacian hosterías, se las hacia yo á la olla, y los asaltos que ellos daban á las murallas, los daba yo á los asadores. Y despues de ponerse mi amo á la inclemencia de las balas y de venir molido, me hallaba á mí muy descansado y mejor bebido, y tenia á suerte comer quizás mis desechos, y beber, sin quizás, mis sobras. Fuimos prosiguiendo nuestra jornada hácia la vuelta de la villa de Norlinguen, juntándose en el camino nuestro ejército con el rey de Hungría, con lo cual se doblaron las fuerzas y nos determinamos á ir á ganar la dicha villa. Y al tiempo que la teniamos bloqueando y esperando cura, cruz y sacristán, el ejército sueco, opuesto al nuestro, pensando darnos un pan como unas nueces, vino por lana, y volvió trasquilado. Yo, si va á decir verdad, aunque no es de mi profesion, cuando lo vi venir me acoquiné y acobardé de tal manera, que diera cuanto tenia por volverme Icaro alado ó por poder ver la batalla desde una ventana. Cerró el enemigo con un bosque sin necesitar de leña ni de carbon, y ganándolo á pesar de nuestra gente, se hizo señor absoluto. Llegó la nueva á nuestro ejército, y exagerando algunos de los nuestros la pérdida, pronosticaban la ruina; que hay soldados de tanto valor, que antes de llegar á la ocasion publican contentarse con cien palos. Yo, desmayado del suceso y atemorizado de oír los truenos del riguroso bronce y de ver los relámpagos de la pólvora y de sentir los rayos de las balas, pensando que toda Suecia venia contra mí, y que la menor tajada seria la oreja, por ignorar los caminos y haberse puesto capuz la señora luna, me retiré á un derrotado foso, cercano á nuestro ejército, pequeño albergue de un esqueleto rocin, que patiabierta y boca arriba se debia entretener en contar estrellas. Y viendo que avivan las cargas de la mosquetería, que rimbomban las cajas y resonaban las trompetas, me uní de tal forma con él, habiéndome tendido en tierra, aunque vuéltole la cara por el mal olor, que pareciamos los dos águilas imperiales sin pluma. Y pareciéndome no tener la seguridad que yo deseaba, y que ya el contrario era señor de la campaña, me eché por colcha el descarnado Babieca; y aun no atreviéndome á soltar el aliento, lo tuve mas de dos horas á cuestras, contento de que, pasando plaza de caballo, se salvaria el rey de los marmitones. Llegó á esta ocasion al referido sitio un soldado de mi compañía, poco menos valiente que yo, pero con mas opinion de saber guardar su pellejo, que presumo que venia á lo mismo que yo vine; y viendo que el rocin se bamboleaba por el movimiento que yo hacia, y que atroné todo el foso con un suspiro que se me soltó del molimiento de la carga, se llegó temblando al centauro al revés, preguntando á bulto: ¿Quién va allá? Yo, conociéndole en la voz, le llamé por su nombre, y le supliqué me quitara aquel hipógrifo de encima, que por ser desbocado habia dado con-

migo en aquel foso y cogí darme debajo; hizo lo que le rogué; mas reconociendo que el rocín era una antigua armadura de huesos, no pudiendo detener la risa, me dijo: Señor Estebanillo, venturosa ha sido la caída, pues el caballo se ha hecho pedazos, y vuesa merced ha quedado libre. Respondíle: Señor mío, cosas son que acontecen, y aun se suelen premiar. Calle y callemos, que sendas nos tenemos, y veamos lo que queda de la noche á este difunto, porque Dios le depare quien haga otro tanto por su cuerpo cuando de este mundo vaya. Concedió con mi ruego, y tomó mi consejo; y al tiempo que la aurora, atropellando luceros, daba muestras de su llegada, despidiéndome de mis dos camaradas de cama, me fui á una montañuela, apartada del campo enemigo, por parecer curioso y no tener que preguntar y por confiarme en mi ligereza de piés y tener las espaldas seguras.

Empezáronse los dos campos á saludar y dar los buenos dias con muy calientes escaramuzas y fervorosas embestidas, en lugar de chocolate y naranjada, y al tiempo de cerrar unos regimientos del sueco con uno de alemanes, empecé á dar voces, diciendo: ¡Viva la casa de Austria! ¡Imperio, imperio! ¡Avanza, avanza! Pero viendo que no aprovechaban mis exhortaciones, y que en lugar de avanzar iban volviendo las espaldas, volví yo las mías, y con menos ánimo que aliento, y con mas ligereza que valor llegué á nuestro ejército. Encontré en su vanguardia con mi capitán, el cual me dijo que por qué no me iba á la infantería española á tomar una pica para morir defendiendo la fe ó para darle al rey una victoria. Yo respondí: Si su majestad aguarda que yo se la dé, negociada tiene su partida; demás que yo soy corazo ó coraza y no infante, y por estar desmontado no cumplo con mi obligacion. Díjome que fuese adonde estaba el bagaje y tomara un caballo de los suyos, y que volviere presto, porque quería ver si sabia tan bien pelear como engañar villanos con rellenos imperiales. Fuíme al rancho, metíme debajo del carro de mi amo, cubríme todo el cuerpo de forraje, sin dejar afuera otra cosa mas que la cabeza, á causa de tomar aliento, porque al tiempo de la derrota, que ya la tenia por cierta, me sirviera de cubierta, por ser desierto todo aquel distrito de la campaña. Llegó á mí un capitán, que estaba de guardia al bagaje, y me dijo que por qué me hacia mandría y me cubria de yerba, y no acudia á mi tropa. Respondíle que por haber hecho mas de lo que me tocaba, me habia el enemigo muerto mi caballo y metiéndome dos balas en el muslo, y que porque no se me resfriase la herida, me habia metido en aquel monton de forraje. Con esta satisfaccion se fué adonde estaba su compañía, prometiéndome de enviarme un gran cirujano amigo suyo para que me curase, y yo me quedé cubierto el cuerpo de esperanza, y de temer el corazón.

Al cabo de un rato, temiendo que viniese el cirujano á curarme estando sin lesion, ó que mi capitán enviase á buscarme viendo mi tardanza, y me hiciese ser inquieto siendo la misma quietud, me volví á mi monta-

ñuela á ser atalaya ganada y gozar del juego de cañas.

Y estando en ella haciendo la consideracion de Jerjes, aunque con menos lágrimas y mas miedo, vi que un trozo del contrario ejército cerró tres veces consecutivamente con el tercio de don Martin de Idiaguez, y que todas tres veces los invencibles españoles lo rechazaron, lo rompieron y pusieron en huida. Animóme esta accion de tal manera, que arrancando de la espada y sacando la mohosa á que la diese el aire, con estar á media legua de ambos campos, me puse el sombrero en la mano izquierda para que me sirviese de broquel, y dando un millon de voces á pié quedo, empecé á decir: ¡Santiago, Santiago! ¡Cierra España! ¡A ellos, á ellos, cierra, cierra! Y presumo que acobardado el enemigo de oírme ó atemorizado de verme, comenzó á desmayar y á poner piés en polvorosa. Empezó todo nuestro campo á apellidar: ¡Victoria, victoria! Yo, que no me habia hallado en otra como la presente, imaginando que llamaban á mi madre, que se llamaba Victoria Lopez, pensando que estaba conmigo y que la habia traído en aquella jornada, respondí al tenor de las mismas voces que ellos daban, que dejasen descansar los difuntos, y que si alguno la habia menester, que la fuese á buscar al otro mundo. Y contemplando desde talanquera cómo sin ninguna orden ni concierto huían los escuadrones suecos, y con el valor y bizarría que les iban dando alcance los batallones nuestros, rompiendo cabezas, brazos, desmembrando cuerpos, y no usando de piedad con ninguno, me esforcé á bajar á lo llano por cobrar opinion de valiente y por raspar á rio revuelto; y despues de encomendarme á Dios y hacerme mil centenares de cruces, temblándome los brazos y azogándoseme las piernas, habiendo bajado á una apacible llanada, á quien el bosque servia de verjel, hallé una almadrada de atunes suecos, un matadero de novillos arrianos y una carnicería de tajadas calvinas; y diciendo que buen dia tendrian los diablos, empecé con mi hojarasca á punzar morcones, á taladrar panzas y á rebanar tragaderos, que no soy yo el primero que se aparece despues de la tormenta ni que ha dado á moro muerto gran lanzada. Fué tan grande el estrago que hice, que me paré á imaginar que no hay hombre mas cruel que un gallina cuando se ve con ventaja, ni mas valiente que un hombre de bien cuando riñe con razon.

Sucedíome, para que se conozca mi valor, que llegando á uno de los enemigos á darle media docena de morcilleras, juzgando su cuerpo por cadáver como los demás, á la primera que le tiré despidió un ¡ay! tan espantoso, que solo de oírlo y parecerme que hacia movimiento para quererse levantar para tomar cumplida venganza, no teniendo ánimo para sacarle la espada de la parte adonde se la habia envasado, tomando por buen partido el dejársela, le volví las espaldas, y á carrera abierta no paré hasta que llegué á la parte adonde estaba nuestro bagaje, habiendo vuelto mil veces la cabeza atrás por temer que me viniese siguiendo. Compré de los que siguieron la victoria un estoque de Sotlingues y algunos considerables despojos para volverlos

á revender, blasonando por todo el ejército haberlos yo ganado en la batalla y haber sido raya de la campaña. Encontré á mi amo, que lo traian muy bien desaluciado y muy mal herido, el cual me dijo: Bergante, ¿cómo no habeis acudido á lo que yo os maudé? Respondíle: Señor, por no verme como vuesa merced se ve; porque aunque es verdad que soy soldado y cocinero, el oficio de soldado ejercicio en la cocina, y de cocinero en la ocasion. El soldado no ha de tener, para ser bueno, otro oficio mas que ser soldado y servir á su rey; porque si se emplea en otros, sirviendo á oficiales mayores ó á sus capitanes, ni puede acudir á dos partes ni contentar á dos dueños. Llévaronlo á la villa, adonde, por no ser tan cuerdo como yo, dió el alma á su Criador. Dejéme, mas por ser él quien era que por los buenos servicios que yo le habia hecho, un caballo y cincuenta ducados; que cincuenta mil años tenga de gloria por el bien que me hizo, y cien mil el que me diere otro tanto por el bien que me hará.

CAPITULO VII.

Que trata del viaje que hizo á los estados de Flándes; una pendencia ridicula que tuvo con un soldado; la junta que hizo con un vivandero, y otros muchos acaecimientos.

Despues de haber celebrado una de las mayores victorias que se han visto en los siglos presentes y en la mejor ocasion que han visto los humanos, se despidió su alteza serenísima de su primo hermano el rey de Hungría, y volvió á continuar su jornada sin haber quedado contrario que se le opusiese. Halléme en esta marcha huérfano de mi amo, viudo de cocina, y temeroso de gastar mi hacienda, todo lo cual me obligó á sustentarme de mi trabajo y á poner nuevo trato. Dí en hacer empanadas alemanas, por estar en Alemania, que á estar en Inglaterra, fueran inglesas; buscaba la harina en los villajes donde sus moradores se habian huido, y la carne en la campaña, adonde sus dueños de ella se habian desmontado; hacia cada noche media docena, las dos de vaca, y cuatro de carne de caballo; echábalas á la mañana á las ancas de la yegua, sin ser ninguna de ellas la bella Tartagona, y en llegando la hora del rendibuy general, apeábame del dromedario, tendia el rancho sobre mi ferruero, sacaba dos ternas de dados, y hacia rifar mis empanadas á escudo, quedando muchos quejosos de que no hiciese mayor provision de ellas, como si la campaña fuese tumba comun de caballos muertos. Decíanme algunos de los rifadores que era la carne muy dura, pero que estaban muy bien salpimentadas; yo le respondia que era causa el ser la carne fresca, por no tener lugar para manirla, por ocasion de marchar cada dia, pero que como tuviesen despacho y pimienta, no importaba nada la dureza. Pasamos el Rin, y marchamos la vuelta Cruzenaque, y desde allí llegamos á Juliers, adonde su alteza serenísima, acompañado de la caballería de Flándes, que le habia salido á recibir y convoyar, se apartó del ejército, y se fué á dar alegrías á la grandiosa corte de Bruselas, que por instantes le estaban esperando. Mandó volver atrás

muchas de sus tropas, para si necesitase de ellas en Alemania, juntamente con la gente de liga del elector de Colonia y Maguncia y la de su majestad cesárea, yendo Mansfette por cabo de todas. Fuéme fuerza volver la proa por no ser mi oficio para encerrarme á ser cortesano. Añadí al trato de las empanadas aguardiente y tabaco, queso y naipes; y para tener en seguridad mi persona, y en guardia mis mercancías, me arrimé á la caballería española, yendo por cabo de ella y por su comisario general don Pedro de Villamor. Pretendia el capitán de campaña que yo le pagase contribucion de mi trato, conforme lo hacian los demás que proveian la caballería, y yo me eximí de ello de tal suerte, que siempre quedé libre como el cuquillo, porque alegué ser un compuesto de dos, ni vivandero llevando víveres, ni gorgorero llevando menudencias, porque ni tenia carreta como el uno, ni cesta como el otro, pues en rincones de ajenos carros llevaba todo mi caudal. Tuve, por ser entretenido, entrada en casa del comisario general, y entraba una vez cada dia á visitarle en su mesa, porque sabia que gustaba de ver á monsieur de la Alegria, y tres á sus carros y cantinas, por conservar la alegría del nombre; entremetíame con todos los señores, y como es de los tales perder, y de mercaderes ganar, jugaba á los naipes y dados con todos; y haciéndoseme perdidosos, por cumplir con la ley de generosos, yo cargaba con la ganancia por mercader de empanadas caballunas.

Estando en Andenarque, encontré un dia en una taberna al soldado que me ayudó á velar el difunto caballo junto á Norlinguen; y dándome vaya de que me habia hallado debajo de él, yo le dije que estaba satisfecho de su persona, que á no haber hallado ocupado aquel sitio, que hubiera él hecho lo mismo; empezóse á correr y á decir que era mas valiente que yo, y pienso que no mentia, aunque fuera mas gallina que Caco. Yo, desestimando su persona y encareciendo mi coraje, le desafié á campaña, y descalzándome un zapato, le dí un escaquin, guante de mi pié izquierdo, por no tenerlo de las manos, en lugar de gaje y desafío; y por cumplir con las leyes de retador, estaba él hecho un zaque, y yo una uva, y así no acertábamos á salir de la taberna. Los soldados que estaban presentes, por ver cuál era mas valiente ó porque tal pendencia se ahogase en vino, nos adestraron las puertas y nos fueron acompañando hasta fuera de la villa, y despues de habernos medido las armas, nos dejaron solos y se apartaron de nosotros para vernos combatir. Sacamos á un mismo tiempo las espadas, dando algunos traspies y amagos de dar de ojos; empezóme él á tirar cuchilladas á pié quedo, habiendo de distancia del uno al otro una muy larga pica. Yo me reparaba y trataba de ofenderlo á pié sosegado. Decíame de cuando en cuando: Reciba esta, señor gorgotero fiambre. Y yo, metido en cólera, aunque lo veia tan lejos, de que no me pesaba, le respondia: «Déjela voacé venir, seo mal trapillo á fernado, y reciba esta á buena cuenta; y esto tirando tajos tan á menudo, que tenia hecho una criba al prado donde es-